


D. Manzanero, *Laberintos de Europa. Mito, tragedia y realidad cultural*, Madrid, Tecnos, 2023, 228 pp.

Jairo Marcos
UNED-UNAM 

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.103418>

Europa como un laberinto de laberintos, como un puzle de caminos interminables, algunos sin salida pero todos fértiles en términos de aprendizaje. Así presenta Delia Manzanero al continente en *Laberintos de Europa*, una imagen cosida con mitos como los protagonizados por Aracne y su taller de hilado, por Dédalo en su rol de constructor de la fortaleza, una imagen cosida igualmente con tragedias como la caída del joven Ícaro una vez derretidas sus alas, como la de ese Teseo que sirve de símil para una ciudadanía europea aprisionada en la maraña helenística que atraviesa las entrañas de la actual Unión Europea (equivalente a Europa en el caso de esta obra).

La prosa que teje Manzanero, profesora titular de Filosofía en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, coge de la mano y acompaña en un viaje planteado para “comprender el complicado desarrollo interno del mundo europeo” (p. 13), a través de una relectura crítica de los mitos que rodean a Europa, lo que equivale a una revisión del pretérito y también del porvenir. Página a página, el sabor final que queda en el paladar es la nostalgia de una Europa futura, de una Europa que ojalá exista pero que tal vez no lo haya hecho nunca hasta ahora, no al menos en la forma en la que uno proyecta los mejores deseos.

La travesía por los *Laberintos de Europa* está dividida en cuatro tramos, cada uno de ellos provisto de un andamiaje interior dividido en capítulos y secciones. En ninguno de ellos faltan las referencias a esa “fiebre helenística” (p. 13) que pivota en torno a Europa, retratada con la figura geométrica del laberinto, caminos estrechamente relacionados, un universo geométrico en el que Manzanero sitúa el desafío que plantea, que no es otro que el de pensar con mitos, con imágenes una suerte de acertijo llamado Europa.

El “Pórtico de acceso al laberinto” arranca con la premisa de que “los mitos saben algo de nosotros que nosotros mismos no sabemos” (p. 11) y con la convicción de que “el alma de Europa no está totalmente perdida, aunque sí bastante extraviada” (p. 15). Las reflexiones iniciales se sirven de la racionalidad griega para presentar a una Europa que la autora busca “obstinadamente”, una Europa anclada

en los “valores básicos del modelo social europeo” (p. 15). En todo caso, una Europa que va más allá de las coordenadas dispuestas sobre un mapa, una Europa que excede los lugares y los territorios, una Europa entendida antes como la construcción mental compartida por la ciudadanía europea. Es la continua lucha entre la Europa mítica (en singular) y las Europas reales (en plural), las de cada Estado, en un imbricado cruce de valores “que se quieren universales, sabiendo que no pueden serlo” (p. 26).

Esta primera parte es probablemente la más sugerente, la que más atrapa, atreviéndose a presentar a Europa como heredera de la explotación y el dominio de los otros, siempre de los otros, vengan de donde vengan. “Es una historia de la santificación de la servidumbre en Europa y de la esclavitud fuera de Europa” (p. 29), escribe Manzanero. Discurren por estos párrafos mitos híbridos, héroes y monstruos, dioses del olimpo y su contrapunto humano, figuras de múltiples lecturas que, excepcionalmente interpretados por la autora, plantean nuevos sentidos para lo que quiera que sea Europa, una vez más, mejor conjugada en plural, Europas, que en singular.

“La entrada al laberinto europeo”, el segundo tramo del libro, abre con una revelación tantas veces ocultada: mitológicamente Europa es una ninfa de origen asiático, es decir, una mujer migrante, una mujer extranjera en el interior de ese laberinto. Y de aquí podrían extraerse tantas lecturas, reflexiones y consecuencias que, pese a no ser la intención expresa del libro, queda una rara sensación de puertas abiertas sin atravesar, de capítulos por escribir.

El Minotauro es otra de las figuras clave de esta segunda parte. El monstruo griego con cuerpo de hombre y cabeza de toro representa “a los enemigos de Europa” (p. 63) y, por contraste, también a sus víctimas, personas migrantes, refugiadas, desclasadas. Por ahí asoma también Teseo como la ciudadanía europea atrapada en un laberinto de laberintos trampeado por el euroescepticismo, por los nacionalismos salvajes y por la extrema derecha. “Si algo hemos aprendido con las recientes crisis globales es que solo saldremos del laberinto y de esta espiral de sufrimiento cuando lo haya hecho todo el mundo” (p. 64), afirma Manzanero, quien se agarra a los hilos de

Ariadna para plantear una salida por la vía del cosmopolitismo... suenan los ecos del humanismo y del espíritu ilustrado.

De pronto, en el horizonte aparece un problema: "Saber si existe todavía Europa o si nos las habemos con su fantasma" (p. 71). Buena parte de la respuesta dependerá de la juventud, recalca Manzanero, de lo que las nuevas generaciones quieran hacer y hagan con Europa. Y entonces aparece Dédalo como el inventor que edifica su propia desdicha. Y una esperanza, *Laberintos de Europa* siempre concede la posibilidad de que a la vuelta de la esquina aparezca por fin la salida: "Aunque Europa no goce de buena salud, no está *fatalmente* destinada a perecer" (p. 85). "Incapaz de imaginar un mundo sin Europa y sin las libertades que hoy gozamos", la escritora muestra un optimismo proeuropeo sin fisuras: "La solución a muchos de sus problemas pasa por una profundización en el proyecto de la Unión Europea" (p. 85).

Una vez "Dentro del laberinto europeo", la tercera parte de la obra, surge Ícaro huyendo de prisión gracias a unas alas de cera. Hasta que, cegado por una ambición desmesurada, asciende tanto que el sol derribe sus deseos de libertad, la "metáfora perfecta de los excesos y delirios de superioridad que el proyecto occidental ha traído consigo" (p. 107). El ascenso sin mirar atrás de Ícaro recuerda la promesa de un crecimiento sin límites en un planeta finito, "un modelo depredador que acarrea constantes amenazas letales para la humanidad" (p. 108). Como si los seres humanos no fuéramos mortales y vulnerables, interdependientes en un mundo donde no estamos solos, se lamenta Manzanero. Como si acaso pudiéramos quedarnos solos, como si la política de fronteras, las concertinas y las devoluciones en caliente no infringieran daño a los mismos que las plantean. En esa misma dirección, la "Europa de los mercaderes" (p. 151) queda retratada en el libro como el irresponsable fracaso de una comunidad economicista sin vínculos sociales. "¿Cuándo nos daremos cuenta de que no es posible *comprar* un proyecto de integración para Europa?" (p. 152).

"La salida del laberinto", cuarta y última parte de la obra, regresa a los hilos de la diosa Ariadna para buscar una salida desde la educación. Es aquí donde Manzanero se muestra como esa maestra vocacio-

nal que abraza, que coge de la mano y más que dar lecciones acompaña en el aprendizaje, como esa enamorada de la filosofía consciente de que el pensamiento crítico es clave a la hora de encontrar cualquier alternativa. Las líneas en torno a la cuestión de la educación (y al rol que juegan las universidades – sobre todo concebidas como escuelas públicas de valores-) se suceden unas a otras, con Europa como testigo de fondo: "Para rediseñar y revitalizar el proyecto europeo (...), la Filosofía y la Ética son nuestra mejor guía, nuestras mejores aliadas" (p. 191).

Son los entresijos de Europa como una realidad siempre en crisis, pero no la única Europa posible y es ahí, en esos múltiples plurales que abre la lectura, donde Manzanero proyecta su nostalgia. Revisada metodológicamente Europa "desde lo lejos" (p. 24) pero no desde los otros plurales (no es la pretensión del libro, pero en el aire quedan algunas miradas, por ejemplo, ¿cómo se ve esa misma Europa desde realidades como las que fueron y son colonizadas por ella?), Europa no puede sino salir beneficiada del planteamiento que plantea la filósofa en este libro.

Y esa es de hecho la pretensión final de la obra, ayudar a "construir otra Europa" (p. 197). Y es explícita la dirección planteada, "seguir buscando ese espacio de libertad y derecho", igual que es explícita la hipótesis de partida, "que es lo que siempre ha sido y debe ser Europa", también la meta de llegada, "un modelo social civilizado que hace valer una voz universalista en el mundo, la Europa de la solidaridad y la del porvenir para su juventud". La Europa de la solidaridad. La Europa del porvenir. Ese y no otro es el horizonte que dibuja Manzanero para el continente.

La revisión de los mitos que rodean Europa se antoja imprescindible para esa travesía, un recorrido que pregunta a los mitos para realmente comprender y hacer comprender Europa, un viaje al pasado con miras al futuro cargado de preguntas, la transversal a todas ellas: "¿Qué nos revelan los mitos griegos sobre la cultura europea y sus ciudadanos?" (p. 11). Baste una idea aparentemente sencilla para empezar a responder esa cuestión: "Los logros más significativos de Europa ya no pueden defenderse como una propiedad específicamente europea" (p. 217).